

Viajes de Pietro della Valle “el peregrino” (1586 – 1652)

Cartas escritas a su amigo Mario Schipano durante los 12 años (1614 a 1626) de su viaje por Próximo Oriente e India.

TOMO II – LA PERSIA. Primera parte: Isfahán, Ferhabad y Cazvín.
5ª Carta desde Isfahán, del 22 de abril al 8 de mayo de 1619.

II.24.02 – Isfahán. “El Embajador de España llega a Qazvín”

Edición y traducción: Esmeralda de Luis y Martínez
esmeralda.deluis@cedcs.eu

Colección: Clásicos Mínimos. Viajeros por Oriente.
Fecha de Publicación: 11-09-2026
Número de páginas: 10
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto de la **Fundación CEDCS: Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

Descripción

Resumen:

Traducción al español de la correspondencia que el noble romano Pietro della Valle mantuvo con su amigo el doctor Mario Schipano, narrándole el periplo que durante doce años -desde 1614 a 1626- realizó por Oriente: Constantinopla, Egipto, Tierra Santa, Arabia, Persia e India.

Palabras Clave

Viajes a Oriente, correspondencia de Pietro della Valle, siglo XVII primera mitad, antropología, Turquía, Constantinopla, Egipto, Tierra Santa, Arabia, Babilonia, Persia, India.

Personajes

Pietro della Valle, Ma'ani Gioerida, Mario Schipano.

Ficha técnica y cronológica

- **Tipo de Fuente:** libros impresos. Ed. italiana del I tomo: Roma, Apreso Vitale Mascardi, MDCL y para los otros tomos: Roma, Biagio Deversin, MDCLVIII.
- **Procedencia:** volúmenes digitalizados por <http://books.google.com> de la Biblioteca del Observatorio de Marina de San Fernando.
- **Sección / Legajo:** Ref. de la Biblioteca del OMSF: vol. 1, tomo I: n.º 04818; vol. 2, tomo II: n.º 04819; vol. 3, tomo II bis.: n.º 04820; vol. 4, tomo III: n.º: 04821
- **Tipo y estado:** Correspondencia recogida en los IV tomos del “Viaggi di Pietro della Valle, il Pellegrino” durante los años 1614 a 1626.
- **Época y zona geográfica:** Principios del siglo XVII. Mediterráneo, Próximo y Lejano Oriente.
- **Localización y fecha:** Roma, Nápoles, Venecia, Turquía, Egipto, Tierra Santa, Persia, India (Correspondencia escrita por DELLA VALLE y enviada a Mario Schipano durante los años 1614 a 1626).
- **Autor de la Fuente:** Pietro della Valle (Roma, 1586 - Roma, 1652).
- **Edición y traducción al castellano:** Esmeralda de Luis y Martínez para www.archivodelafrontera.com

VIAJES DE PIETRO DELLA VALLE

“El peregrino”

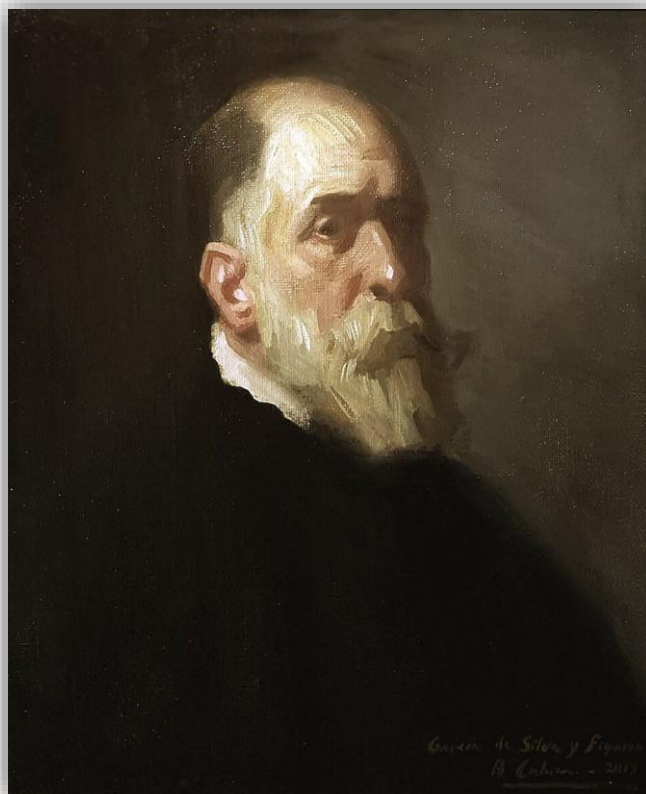
- Tomo II -

CARTA V desde ISFAHÁN PERSIA

Isfahán, del 22 de abril al 8 de mayo de 1619.



II.24.02 – “El Embajador de España llega a Qazvín”



*El Embajador de España en Persia,
Don García de Silva y Figueroa.
Recreación del pintor Alejandro Cabeza, 2017.*

TOMO II – LA PERSIA. Carta V desde Isfahán.

II.24.02 – “El Embajador de España llega a Qazvín”

*Noticias de la
llegada del
embajador de
España a
Qazvín.*

“... El jueves, 14 de junio [de 1618], se nos avisó de que el embajador de España, que venía por la ruta de la India y de Ormuz, y al que se le esperaba desde hacía tiempo en la corte de Persia, había llegado por fin a un burgo, a tan solo una legua de Qazvín, en donde estaba esperando la orden del rey para hacer su entrada en la ciudad, en la que ya se había preparado su alojamiento.

Ante estas primeras noticias, y para cumplir con mis deberes para con el ministro de un gran rey [como el español], tan católico y cristiano, envié de inmediato a mi trujimán a ese burgo para que le presentara todos los cumplimientos de mi parte y asegurarle de que yo personalmente iría a hacerle la reverencia. Mis promesas tuvieron su efecto, porque, al día siguiente, cuando dieron la orden de que el embajador podía ya entrar en Qazvín, yo fui el primero de todos en presentarme ante él, a más de una milla de la ciudad, en donde, cuando le abordé, lo saludé con todo el ceremonial posible, hasta queriendo bajar de mi montura, algo a lo que no están acostumbrados en Persia, ni siquiera ante su mismo rey.

*El Rey envía a
hombres de su
máxima
confianza para
acompañar al
Embajador de
España en su
entrada en
Qazvín.*

Muy poco después, el mehimandar Husseim Beig se presentó ante el embajador español; llegó acompañado del daroga, el gobernador de Qazvín, y Daud Chan, hermano de Immanculi Chan de Siraz. Habían venido allí por orden del rey, todos con sus mejores vestiduras de satén y brocado; luciendo la mayor parte de sus cabalgaduras sillas de montar de plata y de oro; turbantes guarnecidos con plumas y piedras preciosas, formando así, junto al embajador de España, una numerosa y muy fastuosa cabalgata.

Ante este desfile tan elegante y bien pertrechado que formaba aquel cortejo, Daud Chan dijo al embajador que todos ellos eran esclavos del rey persa; si bien empleó tal exageración para mostrar la magnificencia y grandeza de su rey, y para inducir así al embajador a que estimara la generosidad del rey al ver el buen aspecto que tenían sus esclavos.

Acompañamos al embajador de dos en dos: Daud Chan y yo; el trujimán del embajador, en medio, vestido a la española y con la cabeza al descubierto; unos pasos más adelante nos precedían el daroga, el mehimandar y el calanter, también en muy buenas monturas.

Durante toda la marcha, el embajador estuvo hablando siempre con Daud Chan, a cuya familia decía tener un gran afecto. Yo creo que el embajador exageraba el valor y méritos de Allah-verdi Chan, el padre de Daud, diciendo que sentía muchísimo la muerte de tan gran hombre, y que le apenaba no haber podido verle en vida, y muchos otros halagos parecidos. A mí me resultó un poco extraño ese discurso, porque, aunque Alla-verdi Chan

hubiera sido un hombre de extraordinarios méritos, en mi opinión, los ministros del rey de España no deberían hacerle esas alabanzas ni testimoniarle tanta amistad, dado que fue ese Alla-verdi quien tomó Ormuz a los portugueses e hizo vasallo a su rey, y que la isla de Bahrein, en donde se pescan las más finas y estimadas perlas, su hijo Immanculi Chan, que le sucedió como gobernador, también se la arrebató a los portugueses, a la par que la fortaleza de Bender, que poseían en ese estrecho con más de doscientas millas a lo largo del mar.

Mas, para no apartarme demasiado de lo que os quería contar, os diré que este embajador de España se llama don García de Silva y Figueroa; es de muy avanzada edad y, aunque muy pálido y desdentado, al menos es robusto y tan dispuesto que hizo su entrada en la ciudad a caballo, aunque suele viajar normalmente en una litera. Iba vestido a la española, al igual que todo su séquito, pero con más riqueza y elegancia, con adornos plisados y almidonados y otras muchas galanterías raras en estas tierras, y que sin duda habrían apreciado mucho mejor si hubiera venido acompañado de un séquito más numeroso, porque solo le seguían no más de veinte o veinticinco personas, vestidas a la usanza de los europeos.

*El Mehimandar
condujo al
Embajador de
España hasta su
alojamiento.*

Tras acompañar al embajador hasta su alojamiento, los señores persas, sin desmontar de sus cabalgaduras, como de costumbre, se retiraron a sus casas. Solo el mehimandar, debido a su cargo, le acompañó hasta la habitación. Yo, como compatriota suyo —porque en estas tierras todos nosotros, en tanto que cristianos de Europa, así nos consideramos—, no solo le conduje hasta su cuarto, sino que me quedé más de una hora conversando con él sobre variados asuntos, y sobre todo los concernientes a España.

*El Señor della
Valle hizo que
dieran el
tratamiento de
Excelencia al
Embajador de
España.*

Desde hacía unos cuantos meses, yo había estado persuadiendo, tanto a los religiosos como a los seglares europeos que residen en este país y con los que de ordinario mantengo relaciones, de que dieran el tratamiento de Excelencia al señor embajador, porque desde siempre, según la costumbre portuguesa, únicamente se utilizaba el de Señoría, no solo para los embajadores que en ocasiones venían de España, sino incluso para el mismo virrey de la India. Así que, tras largas reflexiones sobre lo que numerosos cristianos de diferentes naciones de Europa —que sabían de qué forma se trataba en nuestras tierras a los embajadores del rey católico—, que todos los francos que estaban aquí normalmente daban el tratamiento de Ilustrísimo al residente de Inglaterra, y que en particular yo no podía hacerle un honor menor, dije que me parecía que tendría perniciosas consecuencias si, cuando nos encontráramos todos juntos, o cerca del rey o en otras asambleas, tratásemos al residente de Inglaterra de Ilustrísimo y al embajador de España solo de Señoría; sobre todo porque el embajador español era sin duda superior al inglés y, por tanto, merecía un tratamiento de preferencia, tanto por su linaje como por sus particulares cualidades que le habían llevado a ser elegido por el rey de España como representante de su persona.

Todos estuvieron de acuerdo con mis razonamientos y se concluyó, de común acuerdo, que en todo momento se le trataría de Excelencia, y que ninguno de nosotros lo haría de otro modo. Esta misma práctica se introdujo después en la India, en donde los virreyes que llegaron allí más tarde también recibieron el tratamiento de Excelencia, so pretexto de que no iban a ser ellos menos que el embajador de España, al que en Persia se lo había otorgado.

La misma tarde en que el embajador de España hizo su entrada en la ciudad, el rey dio una audiencia secreta en el jardín al embajador turco; no dejó entrar a nadie más y atendió a su invitado con infinitas atenciones y cortesía. En mi opinión, creo que trataron de nuevo acerca de la paz, y en términos muy diferentes a los que había usado en la audiencia de la plaza, porque, en efecto, de todo lo que el rey dijo públicamente en la plaza se podía deducir que él deseaba la paz, pero que habría querido firmarla en condiciones honorables y sin perder su reputación; es decir, sin restituir las tierras que solicitaban los turcos y sin obligar a los persas al tributo anual de seda, aunque esto último lo podía arreglar mandando esa seda a modo de presente o regalo, e incluso puede ser que le prometiera hacerlo varias veces, a condición de que lo haría cuando a él le pluguiese.

El Rey concedió una audiencia pública al Embajador de España. El domingo, dieciocho de junio, el rey concedió una audiencia pública al embajador de España; lo hizo en un gran jardín, no muy alejado del palacio real, y con un único paseo que lo atraviesa y recorre por el medio. A este jardín lo llaman *Gennet Baghi*, “el jardín del Paraíso”, y allí fue donde le dio la bienvenida, agasajándole con un festín solemne, no solo para recibirle a él, sino también a otros muchos de su séquito, y en presencia de todos los huéspedes del rey, incluido yo, que, siguiendo las costumbres, fuimos convocados. Si no me equivoco, creo que estuvimos allí más de cien personas de distintas procedencias, lengua y costumbres, a las que el rey había ordenado invitar a ese banquete, que se desarrolló del siguiente modo:

Por la mañana avisaron al Señor Embajador que la audiencia sería ese mismo día; con lo que se preparó para la ocasión con sus calzas estrechas y ajustadas, y el sombrero que había destinado a este efecto. Mando a todos sus criados que estuvieran prestos y ataviados con sus libreas, a fin de que el presente que debía ofrecer al Rey no careciera de este ceremonial, y para completar el desfile protocolario, le enviaron a quinientos jóvenes hermosos, escogidos entre los habitantes de la ciudad, para llevar los regalos. Ese gran número era necesario porque según las costumbres de Persia, y para que el presente que se hace al Rey, compuesto en general de diversas cosas de distinta naturaleza, resulte más ostentoso, cada persona lleva un solo objeto, por pequeño o ligero que sea, para que aparezca con mayor magnificencia, y la procesión sea más larga.

El presente del Embajador de España; es decir, el que había traído hasta *Qazvín*, además de trescientas cargas de pimienta que había confiado a alguien de Ispahán para evitar un mayor inconveniente; esta pimienta valía cien mil escudos, según he oído decir. En verdad, que todos los presentes eran

*Detalles de los
presentes que el
Embajador
español hizo al
Rey persa.*

valiosos, como por ejemplo las copas de oro, de plata y de cristal; numerosas piedras preciosas; un cofre con sesenta hermosas cadenas diferentes, unas muy elaboradas y enriquecidas con esmeraldas, y otras con pequeñas piedras preciosas. Para llevar el contenido de este cofre se tuvieron que emplear a sesenta y un hombres; porque, tal y como establece la costumbre, cada cadena tenía que ser presentada por un solo hombre. También había sillas de montar y guarniciones para los caballos, adornadas con unos elegantes bordados a la española; algunos arcabuces y otras armas con incrustaciones de oro; la espada, toda cubierta de piedras preciosas, que había llevado el rey de España el día en que se casó; una gran cantidad de limas y otras muy diversas herramientas para trabajar el hierro, todas ellas bien guarnecidas, porque al rey de Persia le gustan sobre todo estas cosas; numerosas cotas de malla; algunos retratos, entre los que estaban el de la nueva Reina de Francia, *Ana de Austria*, un presente éste no del rey español, sino un regalo personal del Embajador Silva al Rey de Persia; cierta cantidad de un tipo de lanzas indias, así como otro buen número de pequeños objetos, que sumados llegaban a esos seiscientos portados por el mismo número de hombres.

Todas estas cosas se habían dispuesto en el orden deseado; el Señor Embajador salió de casa sobre las dos del mediodía; precedido de los portadores de los regalos, que iban a pie, uno tras otro; de esta forma atravesaron la avenida principal, e incluso pasaron por delante de la puerta del Palacio Real, por donde algo alejado yo presencié su paso, desde la terraza de mi alojamiento; porque como yo sabía que todo esto iba a llevar mucho tiempo, y, por mi experiencia, sabía el agotamiento que suponía pasar mucho tiempo sentado en los banquetes del Rey con las piernas cruzadas, me cuidé de llegar demasiado pronto y de encontrarme en el momento de la entrada del Embajador.

*El Embajador
de España tuvo
que esperar
mucho tiempo a
la puerta del
jardín.*

Le condujeron de este modo hasta la gran puerta del jardín; pero como el rey, según decían todavía no había llegado, extendieron unas cuantas alfombras al pie de un frondoso árbol, en medio de un lugar, alejado de la puerta, y en una amplia plataforma construida en torno al árbol para poder descansar bajo su sombra. Allí rogaron al Señor Embajador que se sentara a tomar el fresco, hasta que el rey accediera al jardín por otra puerta.

Supe más tarde que el Embajador estuvo esperando allí durante dos horas, con un dolor extremo de cuerpo y alma; de alma, porque le parecía muy mal que le mantuvieran tanto tiempo allí expuesto en un camino de paso, sobre todo al pensar que en Europa jamás se habría hecho algo así con personas de condición, y de cuerpo, por verse obligado a sentarse de aquel modo en verano, y en el momento más caluroso del día, en un lugar al descubierto, con unas calzas estrechas y apretadas, como usan los españoles, y una gorguera almidonada, en lugar de un lazo, lo que debía resultar sin duda muy incómodo para un hombre de su edad.

Pero mientras ese pobre viejo se queda allí, esperando al Rey hasta que le reciba, yo os voy a hacer una breve descripción de ese jardín, para que con lo que voy a contaros acerca de su disposición, y el bosquejo a carbón que os

voy a dibujar, vos podáis conocer mejor todo lo que os voy a ir contando sobre este asunto.

A este jardín, que aquí dicen “del Paraíso”, yo lo llamo jardín silvestre y campestre; o bien, tal vez y quizá más a propósito le venga el nombre de bosque doméstico, porque únicamente está lleno de gran cantidad de plátanos bastante altos y frondosos, que le proporcionan una extraordinaria sombra. Puede que entre estos árboles hayan plantado algún frutal, pero hasta ahora yo no he visto ninguno. Tiene paseos bastante anchos y largos hasta perderse de vista; también se pueden ver pequeños arroyuelos que por allí corren sin cesar; también han plantado unos arbustos más propios de un huerto que de cuidados parterres. Pues bien, el hecho de que sea tan grande y umbrío, en mi opinión, no hace que merezca el nombre de Paraíso, ni siquiera de Real; pero como se suele decir: “en el reino de los ciegos, el que tiene un ojo es el rey”.

Aquí han construido, en medio del jardín, una pequeña casa con algunas habitaciones, creo yo que solo para reunirse a conversar. La han levantado posiblemente en el sitio más hermoso; delante de ese pabellón se extiende una explanada rodeada de árboles, en donde han hecho un estanque o alberca cuadrada, y dentro, en el centro de uno de los lados más alejados de la casa, han levantado una suerte de plataforma, cubierta tan solo por un tejado, y abierta todo alrededor, para tomar allí el fresco. Los tres lados de esta plataforma, también cuadrada y pequeña, y en la que caben muy pocas personas, están rodeados por el agua del estanque, y el cuarto lado está unido a tierra firme mediante un gran paseo, de forma que este pabellón es como una península o casi una isla.

*El Rey persa
recibe al
Embajador
español.*

El rey quería usar este pequeño palacete para recibir y conversar con el Señor Embajador; pero como apenas cabían en él unas cuantas personas, y el Rey había invitado a muchísima gente a este banquete, tuvo que ordenar que preparasen fuera del pabellón, y alrededor de la alberca, que no estaba protegida por ninguna barandilla, un estrado bastante ancho, que cubrieron con unas alfombras bellísimas, sobre las que nos sentamos, y en donde se nos sirvió la comida en el orden que os voy a indicar más adelante.

Tengo también que deciros, antes de nada, que en cuanto entró el Rey en el jardín, y en ese pequeño palacete, el Embajador fue introducido con sus presentes, que le precedía, y que los que lo portaban pasaban como en una procesión por delante del palacete, en presencia del rey, y luego, dando una vuelta a la alberca, por detrás de los invitados, regresaban por otro camino, hasta quedarse en un lugar convenido previamente...”



Próxima entrega
CARTA V DESDE ISFAHÁN

II.24.03

“El rey persa y el embajador español”

